

(Transcripción)

Castel Gandolfo, 5 de abril de 2001

## Algunos aspectos de la Economía de Comunión

Queridos empresarios, trabajadores y dirigentes de las empresas de la Economía de Comunión, profesores y estudiantes, miembros de las comisiones de la Economía de Comunión y de los buró de la economía y del trabajo, señoras y señores:

Estamos aquí para estudiar con detenimiento la todavía pequeña, pero importante, realidad económica que nació en el año 1991 en el Movimiento de los Focolares y que se ha desarrollado hasta hoy casi exclusivamente en él, con el nombre de “economía de comunión”.

En el presente congreso será estudiada detalladamente, se desentrañará en los diferentes campos que ustedes, señores empresarios, profesores de economía, estudiosos, crean más convenientes.

Por mi parte, quiero presentarles algunas ideas sobre el típico aspecto espiritual en que se basa, desde que comenzó en San Pablo, en Brasil, y que la animó y la anima, la sostiene y tendrá que sostenerla siempre como garantía de su autenticidad.

Pero, ¿cuáles y cuántas han sido las indicaciones, las intuiciones, las inspiraciones que han guiado hasta aquí la Economía de Comunión? Creo que algunas son muy importantes y no son pocas.

Trataremos de analizarlas, juntos, para interpretarlas exactamente y ponerlas en práctica fielmente. Se refieren a: la finalidad de la Economía de Comunión, es decir, el objetivo por el cual nació; la “cultura del dar”, que la caracteriza; los “hombres nuevos”, que no pueden faltar en su gestión; las “escuelas de formación” para esos hombres y mujeres, absolutamente necesarias, que debemos prever.

La finalidad de la Economía de Comunión está implícita en su nombre: una economía relacionada con la comunión entre los hombres y con las cosas.

De hecho, siendo la Economía de Comunión un fruto de nuestro Ideal, su finalidad sólo puede ser una expresión parcial de la misma finalidad de nuestro Movimiento, es decir, trabajar en vista de la unidad y de la fraternidad de todos los hombres, que se desprenden de las palabras-plegaria de Jesús al Padre: “Que todos sean uno”, llegando a ser un solo corazón y una sola alma gracias a la caridad recíproca.

Unidad que se puede alcanzar con nuestra típica “espiritualidad de la unidad”.

Vemos que la finalidad de la Economía de Comunión está presente desde 1991, año de su nacimiento, en un escrito que dice:

“Ha nacido para gloria de Dios con el fin de hacer revivir el espíritu y la praxis de los primeros cristianos que ‘tenían un solo corazón y una sola alma y ninguno padecía necesidad’ (cf. *Hech* 4, 32-34)”.

Y en 1994 se subrayaba: “Si realizamos la Economía de Comunión, con el tiempo, podremos ver realizada en nuestra Obra aquella maravillosa página de la Iglesia recién nacida: ‘La multitud (...) tenía

uno solo corazón y una sola alma (...), todo era común entre ellos. (...) Ninguno padecía necesidad' (*Hech 4, 32-34*)”.

Es más, en el año 1994, para tener siempre presente la importancia de la Economía de Comunión y su finalidad, se evocan sus primeros pasos, para que no pierda su brillo. Citamos aquellas palabras para que nos ayuden también hoy:

“Cuando anunciamos la Economía de Comunión en 1991, el Movimiento entero se estremeció de alegría y todos quedamos convencidos y conquistados. Era evidente para nosotros que en la misma casa (la Obra) no podían vivir quien pasa hambre y quien tiene de comer.

Se pusieron a disposición terrenos y casas; nos desprendimos de objetos queridos: joyas de familia, por ejemplo; pensamos en muchos sistemas para orientar las empresas según las finalidades de la Economía de Comunión. Fue un espectáculo de amor no sólo en Italia, sino también en el mundo”.

Y un año después, siempre con el objetivo de alcanzar los fines de la Economía de Comunión y alentar a realizarla, quisimos que se conociera a nuestros hermanos y hermanas que se habían visto beneficiados:

“Pero, ¿quiénes son esos hermanos nuestros?

Los conozco y a algunos los he visto en fotos: sonrientes, con dignidad, orgullosos de ser hijos de Dios y de esta Obra.

No carecen de todo, sólo de algunas cosas.

Necesitan, por ejemplo, librarse de la gran preocupación que los oprime noche y día.

Necesitan tener la seguridad de que ellos y sus hijos tendrán para comer; que su casa, a veces una chabola, un día mejorará; que los niños podrán seguir estudiando; que aquella enfermedad, cuyo tratamiento se pospone siempre porque es muy caro, podrá finalmente ser curada; que el padre podrá encontrar un trabajo.

Sí, son estos nuestros hermanos necesitados, que muchas veces son los que ayudan de alguna manera a los demás. Son un tipo de Jesús bien determinado, que requiere nuestro amor y que un día nos repetirá: “Tenía hambre, estaba desnudo, no tenía casa o estaba viniéndose abajo... y vosotros... Sabemos lo que nos dirá”.

Conocemos, por lo tanto, los objetivos de la Economía de Comunión. Pero, ¿cómo alcanzarlos?

En nuestros ambientes, en nuestros Congresos hablamos mucho sobre esto y estas palabras nos parecen preciosas. ¿No son acaso el antídoto para la “cultura del tener” que hoy domina precisamente en el ámbito económico? Sí, sin duda.

Pero, a veces, se deposita demasiada confianza en la expresión: “Cultura del dar”, dándole una interpretación muy simplista y restrictiva. No siempre, de hecho, significa desprenderse de algo para darlo. Esas palabras, en realidad, expresan la típica cultura que nuestro Movimiento lleva consigo e irradia en el mundo: la cultura del amor.

“Cultura del amor”, de ese amor evangélico tan profundo y comprometedor, que es la palabra síntesis de toda la Ley y los Profetas, por lo tanto de toda la Escritura, de modo que, quien quiera poseerlo, no puede dejar de vivir el Evangelio entero.

Pero, ¿cómo se puede hacer? Lo diré más adelante. Mientras tanto, notemos que también sobre “la cultura del dar” escribimos en 1991:

“A diferencia de la economía consumista, basada en la cultura del tener, la Economía de Comunión es la economía del dar.

Esto puede parecer difícil, arduo, heroico. Pero no es así porque el hombre, hecho a imagen de Dios que es Amor, encuentra la propia realización precisamente en el amor, en el dar.

Este anhelo está en lo más profundo de su ser, crea o no crea en Dios”.

Y se concluye:

“Y justamente esa constatación, avalada por nuestra experiencia, funda la esperanza de una difusión universal, el día de mañana, de la Economía de Comunión”.

Por lo tanto, se prevé que la Economía de Comunión un día podrá superar los confines de nuestro Movimiento.

Con respecto a la cultura del dar, pero también a sus maravillosas consecuencias, encontramos escrito en el año 1992:

“Dar, dar, poner en práctica el ‘dar’. Dar vida, incrementar la “cultura del dar”.

Dar lo que tenemos de más o incluso lo necesario, si así nos lo sugiere el corazón. Dar a quien no tiene, sabiendo que este modo de emplear nuestras cosas produce un interés sin medida, porque cuando damos abrimos las manos de Dios y él, en su Providencia, nos colma de un modo abundante para poder dar nuevamente y mucho y seguir recibiendo para poder satisfacer las enormes necesidades de tantos”.

Pero la causa de la Economía de Comunión no demanda únicamente el amor a los necesitados, sino el amor hacia cualquier persona, porque así lo exige la espiritualidad de la unidad. Por eso requiere que todos los que trabajan en la empresa se amen. Escribimos, por ejemplo: “Demos siempre; demos una sonrisa, comprensión, perdón, escucha; demos nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra disponibilidad; demos nuestras experiencias, capacidades. Dar: que sea ésta la palabra que no nos da tregua”.

En 1995 se delinea el significado más profundo del dar:

“Pero, ¿qué es la cultura del dar?

Es la cultura del Evangelio, es el Evangelio, porque nosotros hemos comprendido qué significa dar en el Evangelio. Allí está escrito: “Dad y se os dará. Sobre el regazo os volcarán una buena medida, apretada, remecida y rebosante” (Lc 6, 38). Es lo que experimentamos todos los días.

Si todos viviéramos el Evangelio, los grandes problemas del mundo no existirían, porque el Padre del Cielo intervendría realizando la promesa de Jesús: “y se os dará”.

Durante estos años, no nos han faltado fuertes impulsos sobre el significado más sencillo del dar, sobre el dar concretamente, que procedían sobre todo de algunos santos.

“Al hambriento –dice san Basilio- le pertenece el pan que guardas; al hombre desnudo el manto que conservas en tu baúl; a los pobres el dinero que escondes.

Cometes tantas injusticias cuantas son las personas a las que podrías dar todo eso”.

Y santo Tomás de Aquino: “Cuando los ricos consumen, para sus fines personales, más de lo necesario para la subsistencia de los pobres, a ellos les roban”.

Pero encontrándonos hoy ante personas que tienen en sus manos una empresa, recordaré otro escrito:

“No basta un acto de caridad, hacer alguna que otra obra de misericordia, un pequeño superfluo de alguna persona (para alcanzar nuestro objetivo): es necesario que empresas enteras, grandes y pequeñas, libremente pongan en común sus beneficios”.

A lo largo de la década, de 1991 a 2001, emerge la exigencia, para la Economía de Comunión, de tener y formar “hombres nuevos”.

Pero, ¿quiénes son estos ‘hombres nuevos’?

En primer lugar son laicos. Esos laicos que hoy están viviendo un momento privilegiado.

Creo que conocemos aquellas sabias palabras del Antiguo Testamento que dicen: “Hay un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo el sol: un tiempo para nacer y un tiempo para morir (...). Un tiempo para callar y un tiempo para hablar (...). Él (Dios) hizo todas las cosas apropiadas a su tiempo” (*Ecl* 3, 1-11).

Pues bien, ¿cuál es el tiempo que vivimos nosotros? ¿Qué momento es para la Iglesia?

Juan Pablo II nos lo dice: “En la Iglesia hoy ha estallado la hora de los laicos”<sup>1</sup>.

Y, efectivamente, éste es nuestro tiempo, vuestro, de los laicos.

Ahora bien, dado que Dios conduce la gran historia del mundo y del cosmos y, al mismo tiempo, nuestra pequeña historia, de sus criaturas, debemos preguntarnos: ¿cómo quiere que seamos, nosotros laicos, en este momento?

La respuesta la ha dado ya el Espíritu Santo de dos modos: por medio del Concilio Vaticano II y con el nacimiento de los nuevos Movimientos en la Iglesia.

El mensaje del Concilio es: los laicos se deben santificar allí donde están, en el mundo. Por lo tanto, como obreros, empleados, profesores, políticos, economistas, chóferes, amas de casa, etc.

Y allí donde estoy debo cristianizar (renovar con el Evangelio) los distintos ámbitos de la vida humana: con el testimonio y con la palabra, porque el Espíritu Santo ha donado a los laicos dones especiales para ello.

Los distintos Movimientos son diferentes caminos para ayudar a los laicos a realizar lo que pide a ellos el Concilio: deben santificarse animando las realidades humanas.

Lo pueden hacer precisamente ellos y solamente ellos. Con el Evangelio, viviendo íntegramente el Evangelio.

De hecho, los Movimientos tienen esa característica: sus miembros están llamados a una vida evangélica radical, a vivir el Evangelio con autenticidad: una gran vocación que eleva su dignidad.

---

<sup>1</sup> Cf. Juan Pablo II, *a los obispos polacos en visita ad limina*, 12 de enero de 1993, en “La Traccia” 1 (1993), p. 35.

Entonces el Evangelio, gracias a ellos, puede penetrar realmente cada uno de los aspectos de los mundos de la economía y del trabajo, de la política, del derecho, de la salud, de la educación, del arte, etc., transformando todo, como sucede en nuestro Movimiento: Con una economía nueva, que pone al hombre en el centro y destina una buena parte de los beneficios para los necesitados; o con una política nueva, donde se requiere, como base de la vida de cada político, el amor hacia todos, incluso si milita en un partido contrario, para comprenderse y completarse. Y, sin dejar de ser fieles a las propias aspiraciones y a los propios compromisos, trabajar juntos para salvar los inviolables valores humanos, y el bien común.

En un escrito de 1998, se aclara que son laicos, pero laicos especiales, llamados a realizar todo aquello, tal vez, por primera vez en nuestro planeta. Estos son los conceptos:

“Cuando consideramos la Economía de Comunión debemos pensar en uno de los factores que la hacen tan hermosa, tan viva, ejemplo para el mundo: la suscitaron y la llevan adelante los laicos.

Recuerdo que hubo un tiempo en que se decía que el laico era aquél que solamente debía aprender.

Igino Giordani, porque era laico, se sentía un proletario en la Iglesia.

Ahora, después del Concilio Vaticano II, y gracias a los nuevos Movimientos, como el nuestro que tuvo su origen en los laicos, vemos que el laico es el protagonista. ¿Por qué? Porque se está descubriendo, con inmensa gratitud a Dios, con admiración y sorpresa, que a menudo algunos laicos tienen algo especial. No se conforman con realizarse en un trabajo, en una carrera o en la simple vida familiar. Ya no les basta. No se sienten satisfechos, no se sienten ellos mismos si no se dedican también, y explícitamente, a la humanidad.

De allí que la decisión de dedicarse a la Economía de Comunión en lugar de ser una dificultad, es para ellos fuente de alegría, porque han encontrado el modo de realizarse plenamente.

Es un hecho que conmueve: podrían ponerse en el bolsillo las ganancias, comprar un abrigo de piel a la esposa, nuevos juguetes a los niños, un coche al hijo... Pero no lo hacen, viven por un gran Ideal y son coherentes.

Y se santifican no a pesar de la política, la economía, etc., sino precisamente en la vida política, en la económica, etc.

Que Dios los bendiga y les dé el céntuplo ya en esta vida y después la vida eterna”.

¿Cómo son además estos ‘hombres nuevos’?

Sobre todo son personas con una gran fe, porque poseen una profunda vida interior. Lo decíamos en 1998: “Si trabajando en la Economía de Comunión vivimos el Evangelio, buscamos su Reino, porque nos ponemos en contacto con los obreros, pero tratando de Jesús a Jesús; con los clientes, pero de Jesús a Jesús; con la competencia, pero de Jesús a Jesús; al actuar así el Eterno Padre se ocupa de nosotros. Y vemos verificarse en el mundo de la Economía de Comunión pequeños o grandes milagros de la gracia. Empresas que antes tenían tres obreros, ahora tienen doscientos... Industrias que estaban por cerrar y que decidieron: ‘Sigamos adelante hasta mañana’ y después llegan todos los medios necesarios para superar la crisis.

Hay Alguien, en fin, hay otra caja que no es la que tenemos en nuestra oficina: es una caja Celestial que se abre en el momento oportuno”.

En 1998 se abrieron también nuevos horizontes. La Economía de Comunión requiere nuevos pasos y se ve cómo ennoblece a los que trabajan en ella y qué dignidad les confiere.

“Es necesario que la Economía de Comunión no se limite a proponer un ejemplo al crear empresas nuevas inspiradas en ella, con algún comentario de quien es competente en la materia, sino que es necesario que se convierta en una ciencia con la participación de economistas preparados que sepan delinear su teoría y práctica, cotejándola con otras corrientes económicas, suscitando no sólo tesis de doctorado, sino también escuelas de las cuales muchos puedan servirse.

Una verdadera ciencia que otorgue dignidad a quien debe demostrarla con hechos y signifique una verdadera “vocación” para quien trabaje en ella del modo que sea”.

Chiara Lubich